

**Historias medievales
para sensibilidades románticas**
Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla

Montserrat Ribao Pereira, coord.

Universidade de Vigo

Servizo de Publicacións

2018

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO. HUMANIDADES E
CIENCIAS XURÍDICO-SOCIAIS, Nº 118.

Edición
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2018
© Montserrat Ribao Pereira

Imágenes propiedad de la Biblioteca Nacional de España.
Imagen de portada: Don Álvaro de Luna es herido en una justa. Biblioteca Nacional de España.

ISBN: 978-84-8158-784-5
D.L.: VG 377-2018

Maquetación e impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluídos fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso escrito do Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

LA VENGANZA DE DOÑA LEONOR DE PIMENTIL TRAGEDIA HISTÓRICA GLOSADA POR

GONZALO MORENAS DE TEJADA

En el monasterio de Sahagún se conserva el viejo romance de esta verídica y
tristísima historia



**Leonor era dentro del castillo como un corazón joven dentro de un viejo
cuerpo en ruinas.**

Doña Leonor de Pimentil, la nietecita del anciano conde de Benavente, era un delicioso augurio de mujer morena. Grandes ojos negros, como simas en cuyo seno alentaba la prístina claridad de dos estrellas temblorosas como Marte y suavemente azuladas como el enigma astrológico de Sirio. Su cabello negro, rizado y brillante, era como el nido pensativo en que sus manecitas se escondían como dos blancas palomas en los momentos de evocación y de misterio.

Diez años tenía al comenzar esta historia la pequeña heredera de Benavente y en su espíritu blando, puro como las hojas nuevas, propicio a la siembra de las ideas y de los sentimientos modeladores del alma, habían florecido santas rosas de ingenuidad de

divino amor y de romanticismo, que daban a su rostro de niña una graciosa gravedad contemplativa.

Sola, sin amigas con quienes trenzar la algarabía de los juegos infantiles, Leonor guardaba escondido en un rinconcito de su alma el divino don de la irreverencia. Su corazón de niña se hizo mujer precozmente por el dolor de sus padres muertos, que nada abre en la vida rosas de pensamiento como la desventura. Se hizo mujer en la solemne compañía de su abuelo, en las místicas predicaciones del capellán del castillo, en los cuentos caballerescos y amatorios de dueña Aldonza, en la lectura cristiana de los libros santos y en la soledad evocadora del castillo.

De vez en vez, Leonor buscaba horas de niña y componía trajes, hablaba con sus juguetes y cantaba dulces trovas ingenuas para dormir a sus muñecas, sintiendo la necesidad espiritual de llenar de luz, siquiera fuese imaginaria, su rinconcito ideal.

Sus mejores amigos eran su abuelo y la imagen de la Virgen de la Misericordia, bajo cuya advocación se habían hecho sagrados los altos corredores del castillo, en una de cuyas hornacinas una mano ancestral y devota colocó la santa escultura. A don Rodrigo le escuchaba su nieta con asombro, con admiración, y a los ojos de la niña la silueta del anciano, jinete en un gran caballo blanco, se agigantaba infinitamente, heroica e invencible. A la sagrada Virgen de la Misericordia contábale Leonor, después de rezarla con fervor, en alta voz sus pensamientos, sus penas y sus alegrías, y hasta las líricas andanzas del abuelo. ¡Oh, la sencilla sonrisa de encanto con que sorprendió el viejo capellán estas exaltaciones de divino misticismo! De esta manera, Leonor era dentro del castillo como un joven corazón dentro de un cuerpo viejo, humillado y en ruinas; lámpara interior en él eran sus diez años; y alegría, aire de juventud y flor de pureza sus diez años eran allí también.

Era la hora del crepúsculo de una luminosa tarde de abril. En el viejo solar familiar de la morada señorial de los condes de Benavente entraba por los amplios ventanales abiertos el voluptuoso perfume del campo en flor. Dulces ecos de baladas pastoriles llegaban del monte y al bronceo son del Ángelus los primeros vencejos volaron en silencio sobre el rústico campanil de la iglesia cercana.

Buen rato hacía terminó la cristiana tarea del rosario cotidiano. Dueña Aldonza, sobre el reclinatorio, hundida la blanca cabeza entre las manos, aún oraba; y en estos líricos instantes de evocación, el viejo hidalgo, reclinado en aquel sillón de abacial estirpe, soñaba con sus años de gloria y de conquista, y su cuerpo aún se estremecía al recuerdo del son vibrante del claro clarín guerrero...

La pequeña Leonor, sentada en un cojín de seda a los pies de su abuelo, leía atentamente la maravillosa vida del Bautista y el pan del milagro caía en su almita, hundiéndola como las gotas del rocío caen sobre las rocas... Estaba tan lleno el silencio de blancos pensamientos y meditaciones que Leonor interrumpió la lectura para mirar al cielo. Dueña Aldonza salió con sigilo, como una sombra penitente, y Leonor,

apoyándose en sus manecitas céreas y apagadas, se alzó sobre el cojín todo lo que pudo mirando a su abuelo como a una alta torre y le dijo serenamente, haciéndole surgir de un sueño esplendoroso en tierras de moros, sobre ágiles corceles, entre gritos de triunfo y ayes de moribundos en los campos de batalla:

—¿En qué piensas abuelo...? ¿No me lo quieres decir...? —y se preparó a oír una historia prodigiosa que brillaba en los ojos del anciano, soles de invierno que acariciaban con su luz tibia la frescura de las pupilas de la niña.

—No pensaba, soñaba —contestó el caudillo, mirando vagamente las cosas—. Soñaba en que siendo muy joven, mi mano tomó juramento a la majestad de don Juan II de Castilla... Soñaba en el temblor de mi voz al invocar la real fidelidad y en el temblor de la suya. Fue un duelo que quedó en las sombras de nuestras almas. Soñaba —prosiguió el anciano, alucinado—, soñaba en mi brazo león y en mi corazón rey al ajustar la paz con Alfonso el Africano... ¡En cómo traje la magnífica lindeza de doña Blanca, la gentil paloma para don Enrique, el gavilán...! ¡Oh, Leonor, nietecita mía, yo que fui el más terrible embajador en la corte de Francia, yo que hice tantos reyes, no he conseguido un reino para ti, ni siquiera un ducado...! Y qué infantina más preciosa hubieras hecho... Tú, la nieta, mi nieta, mi locura, mi heredera, la heredera del león castellano, del fundador de una dinastía egregia...

Y don Rodrigo, rendidas las manos sarmentosas como hojas secas, lloró un instante el fracaso de la garra de Cronos sobre sus pobres glorias y luego quedó, el rostro extasiado, como si evocase.

—¿Quién llora en el patio? —preguntó el conde conmovidísimo.

—Es Sancho, mi amigo Sancho —respondió musicalmente Leonor.

—¿Tu amigo Sancho? ¿Quién es? ¿Por qué llora...?

—Llora, abuelito, porque le golpeó Martino por llevar pan, que yo le di, a su madre enferma... Martino es muy malo, abuelo, me coge para asustarme en los corredores... Sancho es muy bueno. Es el mozuelo de la cuadra que me pide siempre que le cuente tus aventuras... ¡Si vieras cómo se entusiasma, cómo te quiere...!

—Gran medida y buen tino muestra el mocoso —replicó el conde halagado—. Llámale, quiero verle...

Y Leonor, gozosísima, hizo subir al pequeño palafrenero...

La tarde siguiente, dueña Aldonza rezaba. Leonor y Sancho jugaban en el salón familiar de los Benavente. Era al toque del Ángelus cuando el conde les dijo, arrellanado en el sillón:

—Y doña Blanca, cuando yo, galanamente, luego de libertarla de la bellaca agresión puse mi rodilla para que subiera a su yegua y besé su mano, murmuró: “Si el rey Enrique fuera tan amable como vos...”.

Martino, echado del castillo, crispaba sus puños amenazantes frente al ventanal abierto...

Pasaron cinco años, líricas épocas de juegos para Sancho... Pero ahora sus diversiones no tenían la claridad de antes, no estaban llenas de canciones, de sonrisas mientras corrían por el bosque.

Un día, caminaban Leonor y Sancho trenzando una guirnalda de margaritas para la virgen del castillo. De pronto, una gran piedra venida de ignorada mano hirió en la cabeza al paje, que cayó al suelo bañado en sangre, desvanecido. Leonor lanzó un agudo grito de terror, luego se precipitó sobre el herido y con mimo fraternal le curó... Nada se supo del criminal. Solo dueña Aldonza vio a Martino en la senda caminando lentamente. Sancho guardó cama; atendíale el físico del castillo y Leonor iba a su cabaña acompañada del padre capellán y le llevaba confituras y libros de estampas guerreras...

Cuando Sancho sanó, el conde le hizo residir en el castillo; fue el paje de honor de Leonor y fue el hermano espiritual de la linda huerfanita. Pero el tiempo volaba. Sonrisas maliciosas hubo en la servidumbre al verlos siempre juntos, sonrisas no se sabía por quién sugeridas. Dueña Aldonza, siempre vigilante, tembló, tembló acordándose de Martino, cuya sombra siniestra creía ver siempre en el camino de Leonor, y la anciana nodriza habló al conde.

Entonces fue cuando don Rodrigo llamó a su nieta y le dijo:

—Nena mía, tienes quince divinos abriles, otras graves ocupaciones que jugar con Sancho te llaman... Sancho es un plebeyo, un criado. Ninguna fineza propia de una dama bien nacida puede darte su trato...

Y al ver la pena en el rostro de su nieta, añadió vivamente:

—No quiero decir con esto que te separe de tu compañero de la infancia, pero yo he pensado hacer de tu protegido un hombre, un guerrero o un letrado y ha de manejar la espada o ha de estudiar.

Y ya no se vieron tan frecuentemente los amigos del alma.

Sancho sufría. Dotado de una clara inteligencia, de una rara sensibilidad, conoció en el halago de su educación el deseo de alejarle de Leonor. Lloró con su madre en la choza. Ya no le pareció alegre el bosque. Era como el divino hijo de la naturaleza entristecida. Su romanticismo, su fantasía sutil, le hacían soñarse el protagonista de heroicas aventuras..., aventuras guerreras que le harían capitán, que le armarían caballero, que le acercarían a Leonor. Y se preguntó locamente:

—¿Por qué he de pensar siempre en Leonor? Porque si ella no existiera yo no tendría estos anhelos.

Y el joven villano notó su corazón ardiente, lleno de un raro sentimiento hacia Leonor, sentimiento que le llenaba de melancolía y que le hizo enflaquecer, cantando dulces trovas, mirando a la luna en las noches serenas. Por eso temblaba cuando Leonor cogía sus manos cordialmente. Por eso era para él un suplicio y un placer infinito cuando, sin soltarle las manos, ella le decía:

—¿Qué te pasa, Sancho? ¡Ya no eres como antes...! —y le miraba tristemente.

Un día él la llamó *doña Leonor* y ella lloró y él también lloró mucho por la noche, mirando a la ventana de la cámara de la condesa... ¡Oh, la quería, la adoraba...! Y su voz, como el corazón de un pájaro herido, se alzó en el silencio, trémula y melodiosa...

Leonor oyó el canto y sonrió como un ángel. Pensando en las leyendas de la dueña Aldonza, comprendió que Sancho la amaba y volvió a sonreír, y se durmió pensando en el paje. Soñó con un Sancho nuevo, renovado, viendo en él cosas que jamás presintió. Él subía por una escala, ella le esperaba ávidamente. Luego, en la cámara, mientras cubría de besos las manos de Leonor, el gentil paje, entre palabras rendidas, a sus pies le hablaba de amor... Y Amor sonrió aquella noche muchas veces en los labios de la condesita.

Por fin, sucedió lo que necesariamente había de pasar. Después de varios días sin verse, se encontraron junto a la imagen de Nuestra Señora de la Misericordia.

—¡Doña Leonor...! —dijo el paje, inclinándose mientras la dejaba paso.

—¡Sancho...! —contestó ella con su voz musical, conmovida por la sagrada armonía del sufrimiento. Y como su alma no sabía de noblezas, de distancias ni de clases, como no había tenido tiempo más que para abrirse santamente al amor, ella murmuró, bajando los ojos, cogiéndole las manos, sin poder resistir más la silenciosa tristeza de su amigo ni la suya tampoco:

—Sancho, sé lo que te pasa, no lo niegues, me lo dijiste tú —y añadió iluminado, hablando el corazón lleno de palabras divinas—. ¡Me lo dijiste tú aquella noche en que cantaste para mí, solo para mí, para que yo me enterase! ¡Tú me quieres...!

—¡Oh...! —sollozó Sancho, sin poder contenerse. Y tapándose con las manos el rostro, continuó:

—Soy un desgraciado, un vil criado... ¡Perdóname, Leonor, que me haya atrevido a poner en ti mis ojos humildes, pero es verdad, no sé mentir y aunque mi amor es imposible, te lo digo: yo creí quererte como a una hermana, tantos años juntos, tanta bondad del conde, pero aunque me maldigas... te amo, te amo locamente, Leonor mía...!

Y huyó como un loco, como si acabase de cometer un crimen, mientras la condesa, cayendo de rodillas ante la imagen de la Virgen de la Misericordia, exclamaba:

—¡Yo también te quiero..., también te quiero con toda el alma...!

Y Sancho lo debió oír, porque aquella noche, como un pájaro herido mirando a la ventana de Leonor, cantó y en su canto había lágrimas, pero también había sonrisas...

¡Parecía de cristal!

Doña Leonor adelgazaba, se divinizaba, parecía iba a quebrarse su talle sutil. Flores de cera puso el amor en su rostro, lirios azules brotaron como halo santo en rededor de sus ojos y las rosas rojas de sus mejillas trocáronse en rosas de té. En la noche, cuando todo dormía, paseaba como una sombra por los largos corredores. Sus pupilas querían penetrar el misterio del paisaje anhelando al amado y sus oídos creían escuchar lejanas canciones de amor. Toda estaba llena de él, de su Sancho, a quien raras veces veía; de su paje, que guardaba como pedazos de alma, como gritos del corazón, unos pañizuelos de encaje en los que las lágrimas amarilleaban como hojas secas, unas flores marchitas y unas cartas prístinas, apasionadas.

El conde se había mostrado rudo, nada pudo convencerle. Había que evitar el peligro y separó cruelmente, en ofrenda del honor, a aquellos dos seres. Solo dueña Aldonza, la vieja nodriza que se sentía madre de Leonor, concedió ligeras complicidades y silencios. Unas veces era en el bosque, un lírico momento; otras, al repartir limosna y en santos menesteres. Dueña Aldonza no veía con los ojos del honor, miraba con las pupilas del corazón y comprendía que hubiera sido horrible la completa separación de los enamorados. ¡Oh, si la condesa no alimentase la esperanza de ver a Sancho, seguramente habría muerto! Leonor rogaba mucho a la Virgen de la Misericordia, pidiéndole el triunfo de su pura pasión.

—Virgen, Virgen santa, Virgen mía —le decía humillada al pie de la hornacina—, ¡haz el milagro, uno de esos milagros que cantan las plegarias! Haz que Sancho sea mi esposo, que se torne caballero, que realice heroicas aventuras como mi abuelo para llegar a ser digno de mí.

Y miraba a las pupilas de la imagen puestas en el cielo nocturno y, en la serenidad de la noche constelada, la luna descendía sobre Leonor y parecía besarla como a hermana pequeña.

Aquella noche, Leonor esperaba, como siempre, el canto de su amado y la voz de Sancho. Cálida, vibrante, se alzó entre unos robles centenarios. Era una desgarradora y viril balada de despedida. El paje quería ser guerrero; el favor del conde le había adiestrado en el manejo de las armas y caballero del ideal partía a tierra de moros a pelear por su fe, por su patria y por su amada.

En el romántico blasón de la balada había entre dos leones castellanos un sangrante corazón. Leonor arrojó al pie de la torre, entre raudal de lágrimas, unas rosas de la Virgen, una medalla, un escapulario y gran trabajo le costó no arrojar también su cuerpo, ya que su alma había volado al bosque a dar un beso al trovador, que sonrió mientras lloraba... ¡Oh impalpable beso, que llenó de luz la noche sombría...!

Y cuando la música lejana de la voz amante vibró suavísima, la pobre condesita cayó desmayada a los pies de la Virgen y la luna tornó a besarla como si fuese una hermana menor.

La condesa Leonor de Pimentil acababa de cumplir diecisiete años. Al trocarse en mujer, en una arrogante y dulcísima morena, el amor confuso y vacilante que de niña sintió por Sancho se hizo soberano de su corazón, sol que llenaba de luz la umbría en flor de su huerto espiritual. El viejo conde, alejado el paje y viendo contenta a su nieta, vivía tranquilo y pensando enterrado en lo más hondo del alma de la niña aquel cariño frágil y accidental, como una nube y como la pasión de una muñeca. Pero algo acechaba la felicidad de los amantes que, con la maternal complicidad de dueña Aldonza, se veían llegada la madrugada bajo el nocturno rito de la luna y las estrellas.

Una noche, Leonor y Sancho, a espaldas del castillo y en honesta plática, dejaban correr las horas prodigando sus labios esas fastuosas promesas de cariño que son el delirio de los enamorados...

—¡Oh, siempre, siempre para ti, para ti me guardaré, Sancho mío, como una rosa entre zarzales...! ¡Mis ojos no mirarán con amor más que a tus ojos...!

—Leonor... Leonor mía, quiero ser poderoso, quiero triunfar para adorarte a pleno sol, para no tener que verte en la hora negra de los pájaros nocturnos, a ti, rayo de luna, que eres la más blanca paloma...

Y sus ojos se miraron infinitamente como si quisieran confundirse con una sola pupila llena de amor, en una nueva y dulce constelación... Entonces, una carcajada aguda brotó como un latigazo en la sombra y el eco la hizo rodar de almena en almena, como una calavera vacía.

—¡Es Martino! —gimió dueña Aldonza.

Y el fantasma vago y siniestro del vengativo escudero pasó en la noche como un enorme pájaro negro. Era Martino, Martino que había pensado:

—Leonor ríe, Leonor canta, ¡Oh, yo descubriré el nido de la alondra...!

A la sazón volvió de guerrear el duque de Arévalo, tío de Leonor. Era joven, pues si bien iba ya pasada su mocedad, jamás hubo porte tan arrogante ni plenitud más perfecta. Tornaba el duque triunfador, pero él, que fue en busca de tesoros, solo alcanzó la riqueza del laurel guerrero, harto pobre para la vida magnífica que había soñado como digna de su rango preclaro. Y vio a Leonor, a su bella sobrina. Prendado quedó prestamente de ella. Su grácil palmito y singular donaire celebraba donosamente en las sobremesas, siendo escuchado por Leonor con los ojos bajos, y no dejaba holgar momento en que pudiera ofrendarla una rendida galantería.

—¡Es muy bella mi sobrina y posee montones de oro...! —pensaba el de Arévalo y sonreía.

Don Rodrigo vio con buenos ojos el enamoricamiento y, como en él no se recataba el galán, un día le dijo:

—Veo, duque, que si no os hizo mella el hierro infiel, la miel del dulce dardo de la sonrisa de mi nieta os hirió en pleno corazón...

—¡En verdad que es un ángel mi sobrina! —murmuró el duque—. ¡Diera por ella victorias y vida!

Y el conde y el duque, en aquel paseo otoñal, concertaron la boda...

Leonor soñaba en la penumbra de su cámara con el amor de Sancho. Nada sospechaba en los halagos de su tío. Aceptábalos como sincera y prístina ofrenda de un cariño paternal.

—Sancho vencerá. Ya no es solo un paje... Presto le armarán caballero.

Y pensando en la epifanía de su delirio, suaves y lejanas músicas preludiaban para ella una marcha nupcial.

Vino a sorprenderla la temblona voz de don Rodrigo:

—Leonor, niña mía... ¿Dónde estás...? —y el conde penetró en la estancia seguido del de Arévalo, que siempre sonreía.

—Leonor —murmuró el conde sentándose al lado de su nieta, acariciándole los cabellos con sus manos descarnadas—. ¿Verdad que no hay caballero más noble, más varonil y más merecedor de la dicha que tu tío...?

—¡Oh, sí! —respondió la condesa mirando al duque con admiración y sonriéndole lípidamente.

—Él te quiere mucho —prosiguió el anciano— y tú te sentirías feliz siendo su esposa... ¿Verdad?

Leonor lanzó un leve grito de alondra herida, temiendo por su amor, y dijo firmemente:

—¡No, abuelo!

—¿Cómo...? —instó el duque—. ¿No quieres ser mi esposa?

—¡No...! —tornó a contestar—. ¡No puedo ser vuestra esposa, tío, porque solo me casaré con Sancho Sánchez! —y la ingenua niña rompió a llorar.

Dos carcajadas de los dos hidalgos. Leal fue la de don Rodrigo, estimando graciosa y pueril la respuesta de su nieta. Forzada fue la del duque para ocultar su despecho. Y los dos, dando por terminada la entrevista en aquellos momentos, salieron de la cámara de Leonor, que corrió a contar su desgracia a sus confidentes: dueña Aldonza y la santa Virgen de la Misericordia.

Cronos siguió hilando el albo copo de lino. Una roja tarde, el de Arévalo caminaba sombríamente bajo la suave penumbra del bosque del castillo. Garra cruel se había hecho en su alma el desamor de su sobrina. Se frustraban sus esperanzas, sentía escapar la alondra, el áureo vellocino. Y dejándose caer sobre unas rocas, lanzó un terrible juramento.

Un mendigo, huraño como obra de siniestro encantamiento, apareció ante él:

—Señor —dijo el avenido—, sé vuestro dolor, conozco vuestro afán. Os afligís por el desamor de la bella condesa...

—¡Oh, villano, cómo osas...! —y el duque se alzó amenazador...

—¡Señor! —tornó a murmurar—. Soy Martino, vuestro antiguo servidor. ¡Yo odio a Sancho Sánchez, vuestro rival, el menguado que se atreve...!

—Martino... Martino —replicó el duque evocador—. ¡Ah, si tú fuiste despedido del castillo por un capricho de mi sobrina...! Pero bien, ¿y qué? ¿Qué me importas, villano, si no puedes hacerte digno de mi bolsa, si no puedes servirme para nada...?

—Sancho está escondido en Benavente. Ve a su amada... Todas las noches yo y la luna oímos sus dulces juramentos... Yo odio a Sancho Sánchez, vos le odiáis... ¡Unid, señor, vuestra cólera magnífica a mi despecho ruin y venguémonos! Vale tan poco Sancho Sánchez... ¡Se cree tan lejano...! Doña Leonor no se atrevería a hablar... ¡Decidíos, señor...!

Y con horrible afán, como una serpiente, como un sapo asqueroso, su espíritu fue apoderándose del ánimo del duque, propicio a todas las bellaquerías. El amo y el criado, en la hora lenta del véspero, se alejaron monte adentro y en sus manos y en sus labios fue tejiéndose la red de una infernal trama en cuyos lazos habían de ahogarse unos anhelos y acaso unas vidas.

—Lo difícil es —decía el duque— que don Rodrigo me niega ahora la mano de mi sobrina.

—No os apuréis, señor —respondía bellaca y zumbona la voz del criado—, ¡el conde está caduco, la muerte le llama y... un accidente de caza, por ejemplo...! —y los dos lanzaron siniestras carcajadas mientras se perdían amigablemente en la maraña del bosque.

Hay casos en que el alma toda debe ser columna de fe que a Dios se eleve interrogando. Es la única manera de llenar de serenidad nuestro espíritu atormentado. Antes de dudar debemos estar atentos a la música sublime de la resignación. ¡Dios lo quiso! Y como seres humildes, en vez de dejar paso a la arrogancia estéril de Luzbel, poner los ojos en el cielo, mientras una pregunta desciende al corazón. ¿Qué habré hecho? Y una afirmación nos da el bálsamo del consuelo. ¡La divina bondad...!

Todo esto pensó Leonor, cuerpo y alma enlutados por el desgarramiento doloroso. La mano inexorable e invisible la había herido en pleno corazón. Su abuelo había muerto. El misterio de unas hierbas venenosas que un judío entregó a Martino dejó de serlo para la condesa. Pensó en delatar a los criminales, pero no lo hizo, entregándose a Dios mansamente, abriendo en su alma puertas para el dolor. Y sin voluntad, en un glorioso renunciamiento, murmuró:

—¡Dios mío, cúmplase tu voluntad!

Y se encontró a merced de su tío y de Martino sin defensa. Solo cuando el duque, con asqueroso cinismo, le habló melosamente insistiendo en su casamiento se rebeló fieramente, pero el de Arévalo exclamó, con voz que heló la sangre en las venas de la condesa:

—¡Yo tengo la llave que me abrirá tu corazón!

Y la condujo a un pabellón del parque y mostrándole a su amado Sancho prisionero, sin que él pudiese verla para infundirle ánimos, la dijo:

—¿Lo ves...? Pues si dentro de tres días no consientes dulcemente en ser mi esposa, le mataré... ¡Le mataré porque te adoro y porque su vida, que te prohíbe amarme, es un enorme suplicio para mí...!

Leonor miró a su tío y tutor y vio en el rictus de sus labios viciosos la tétrica mueca de la muerte de su paje. No tuvo fuerzas más que para exhalar un gemido y hundir su triste cabecita, abatida como un pájaro moribundo, en el seno de dueña Aldonza. Y consintió en casarse con el duque de Arévalo.

Diez años pasaron sin que al parecer nada turbase la felicidad de los duques de Arévalo. Solo los maternales ojos de la anciana dueña Aldonza veían la ruina. A Leonor no lograron hurtarle un poco de tristeza los tres hijos que, como tres blancas rosas, nacieron sin aroma de amor. Los adoraba entrañablemente; sus ojos se hacían de leona para los pequeños castellanos, pero ni un rayo de alegría brotó en sus pupilas, ahora agrandadas por el dolor, maravillosamente melancólicas. Allá en el refugio de su cámara, humillada en el reclinatorio, sus pensamientos puros y luminosos se ofrendaban como lámparas votivas al culto divino de un inmortal amor. Eran los únicos instantes en que vivía: con sus hijos, con sus recuerdos. En la vida cotidiana, al rebosar su espiritual copa de la amargura la hizo insensible para lo exterior. Como una sombra muda cruzaba los corredores del castillo y no lograban sacarla de su éxtasis contemplativo, toda mirada lejana y evocadora, ni las vilezas morales de su esposo ni sus tratos ebrios de egoísmo y de brutalidad. ¡Era una mártir propicia la pobre condesa Leonor! ¡Como un rosal lleno de flores que se secase, que se arrastrase deshecho por el furioso vendaval irresistible! Y se hizo más cérea que nunca, más pálida, con la blancura de un lirio muerto...

—Dueña Aldonza..., dueña mía, me muero, me quiero morir... ¡No me importa haber sufrido mucho, así el Señor me abrirá sus puertas y veré a mis padres... y besaré al abuelo, y...! —el deber conyugal la hizo enmudecer sonrojándose.

—¡Piensa en Dios, hija mía! —contestó la anciana llorando.

—Siempre pienso en Él... ¿Tú no me dejarás sola, verdad, mi buena Aldonza...? ¡También quisiera llevarme a mis pobres hijos, a estos hijitos de mi alma, que no podrán tener felicidad porque nacieron sin amor...! —y la infortunada condesa rompió a llorar amargamente.

—¿Y a mí? ¿No quisieras llevarme también? —y la voz cínica y brutal del duque dio tras las cortinas de la cámara una de sus lúgubres carcajadas.

Era la escena aterradora y bárbara de siempre. El duque no hablaba con su esposa más que para hierla y su eterna blandura de nido exaltaba más su cólera bestial.

Y el drama, sordo y lento, cada día avanzaba un paso hacia la cima del dolor y de la liberación.

Estrangulado, muerto por los celos y loco de amor salvaje para su honor, el duque, que era una víctima de sus desencadenadas pasiones insaciables, sufría infinitamente. Todo vampiro del infierno necesita de sangre y el puñal maldito y vengativo de Martino se hundió una clara mañana, con delectación, lentamente en el corazón del paje Sancho, que murió nombrando a su amada. Lejos de calmar al duque aquella amorosa invocación en el umbral de la muerte, le hizo tener bárbaros ataques de ira. Y su venganza fue feroz, digna de él, mejor dicho, de Martino, que como una infernal serpiente se le había enroscado en el alma.

Una mañana, al despertar Leonor, al ir a recibir la caricia pura del ambiente, vio desde su ventana cómo el cadáver de su bien adorado se balanceaba macabramente colgando de las almenas de la torre del homenaje...

Leonor dio un agudo grito, un alarido de desesperación tornada en odio al ver aparecer al duque sonriendo con su cinismo eterno. Toda la furia contenida se desencadenó en alud de llanto y maldiciones. La mansedumbre de la blanca cordera dejó paso al rugido de la leona; el equilibrio de su vida penosa se deshizo y estalló el raudal avasallador y delirante...

—¡Infame...! ¡Miserable! ¡Asesino...! —y avanzó hacia su esposo divinizándose su cérea fragilidad en el paroxismo de los nervios—. ¡Oh, qué vil, qué vil y qué asqueroso! ¡Hueles a sangre, a sangre noble, inocente...! ¡No te acerques, no me toques! ¡Estás horrible..., lleno de sangre, las manos, las manos infames, el rostro, todo, tu alma negra..., mala..., mala...! ¡Vete..., vete...! —y magnífica, le escupió en el rostro.

El duque, imperturbable, sonrió. En ella todo anhelaba, todo se estrangulaba y vino la crisis fatal, horrible, inevitable. La condesa, en un ataque de nervios, se desplomó gritando:

—¡Sancho... Sancho mío!

Y el de Arévalo, más loco que nunca, como un ladrón, como un criminal, escuchó en las puertas, las cerró por dentro y cayó sobre la víctima como un tigre insaciable.

Bajo el sol espléndido, la servidumbre del castillo tembló. Habían oído los gritos de angustia de la condesa, de la buena condesa a la que todos adoraban. Sigilosamente llegaron junto a las habitaciones de los amos; unos ruidos vagos..., como un estertor ronco y premioso. Y los criados volvieron a temblar. Llegaron a sus oídos los pasos felinos del duque, igual que los de una fiera enjaulada.

¿Qué había pasado...? Y comenzaron a retirarse, pero como los gritos de doña Leonor se habían apoderado de sus almas grises, guiados por la dueña Aldonza se

congregaron en el patio central al que daban los ventanales de las habitaciones de los duques. Entonces, una de las ventanas se abrió y vieron asomarse el rostro descompuesto del de Arévalo, que gritó al tiempo que arrojaba una cosa:

—¡Para los perros...! —y junto a las baldosas chocó, dejando huellas sanguinolentas, la lengua de la condesa cortada por su esposo...

Fue un instante trágico: un mudo estupor sobrecogió las almas y luego se alzó un clamor sordo, de lástima y de odio. Y cuando dueña Aldonza tomó en sus manos el resto inmolado, besándolo lentamente, la servidumbre en masa se arrodilló como si venerase la reliquia de una santa.

Y el salmo religioso brotó en sus labios...

Final

Leonor se moría. En medio de suplicios enormes se agostaba el rosal rendido de rosas marchitas. Miró a su esposo, que asistía a su agonía impávido, sin un gesto de caridad. Y ella, que iba a perdonar, se vengó aplastando al monstruo con su venganza.

En el umbral de la muerte, en un cuadernito de memorias escribió unas palabras la pobre muda; y ella, que había sido el símbolo de la honestidad, de la pureza, no vaciló en mentir para que no quedasen impunes los crímenes del monstruo. El duque suspendió sus paseos siniestros para coger lo escrito y leyéndolo lanzó un grito ahogado. Decía el papel: “¡De los tres hijos que dejo uno es de mi paje Sancho...!”

En un momento, cien siglos; en un instante, mil vidas. Algo vago, extraordinario y horroroso, como un peso brutal, como un mazazo inmenso, paralizó la vida del duque. Luego se rehízo y gritó:

—¡Es mentira, escribe Leonor que es mentira! —y sacudió rudamente el cuerpo de la condesa.

Pero era tarde. Doña Leonor de Pimentil había muerto como un pobre pájaro con las alas rotas y solo la mueca de la Intrusa ofreció al duque su misterio insondable...

Y los servidores del castillo oyeron una carcajada resonante, inextinguible, mientras el duque en la cámara de sus hijos abrazaba a uno, golpeaba a otro, volvía a alzarle en una angustia vertiginosa de la duda, creyendo ver en él al hijo espurio, creyendo ver en todos al fruto del adulterio, lanzando roncros alaridos de desesperación ante la que le asestaba el misterio indescifrable y la fortaleza de la invisible mano justiciera, y concluyendo por volverse loco en la pavorosa estrangulación de un ataque epiléptico.

Y aquí termina, lector, el relato de esta tragedia. Recemos por que Dios nos libre de las malas obras...

¡Y de los malos pensamientos...!